

Nos acercábamos las consumiciones a nuestra mesa cuando la que quedaba vacía al lado fue ocupada por una pareja mejor equipada. Dos paraguas amplios les habían protegido sobradamente, también a sus maletines y las carpetas que ella llevaba apretadas contra el pecho.

Tal como teníamos previsto nos pusimos a repasar el borrador de un documento que por la tarde queríamos dar a conocer a nuestros compañeros para su posterior difusión. Casi no habíamos colocado los folios sobre el mármol cuando escuchamos a la mujer de la pareja vecina expresarse con un seco ¡Que mierda! ¡Joder que mierda! Nuestra ubicación al final de la hilera de mesas, junto a la pared del fondo, con ellos en el comienzo de la fila transversal facilitó la claridad con la que escuchamos aquel desahogo, pese al murmullo de la cafetería.

No volvimos la cabeza, pero si alzamos la vista casi a la vez. Los dos nos miramos en silenciosa interrogación respecto del motivo de aquella espontánea y aparente sincera muestra de hartura. La tormenta que nos había empapado quedó en nada con la cascada de manifestaciones que sobre la mesa contigua cayeron.

Fueron las primeras palabras, tras el desahogo inicial, las que nos dejaron claro que ambos eran abogados, posiblemente socios, pero seguro que colegas en algún caso. Salían de estar en un juzgado con un tema hipotecario. El coraje que denotaba el tono impidió comprender bien el origen de su presencia en la sede judicial esa mañana. Si era una visita al juzgado programada o una vista convocada. O todo pero revuelto en el antes y después de estos procedimientos.

El estado de sensibilidad extrema en el que vivimos estas cuestiones, con nuestros años de experiencia en más de dos mil casos en la PAH Madrid, nos mantiene en una alerta continua frente a todo lo que tiene que ver con estos asuntos. Así, era vitalmente imposible que nuestros sentidos quedaran ajenos a lo que se empezó a decir a menos de un metro de nuestras sillas, durante cerca de cuarenta minutos.

El detalle de lo manifestado por ella contuvo diferentes reiteraciones, rabiosas algunas de ellas, sobre las madres de quién o quienes habían tenido enfrente un rato antes. Suponemos que en una de las salas o despachos judiciales. Igualmente sobre el carácter consentidor de algún varón implicado en los hechos. O de varios. Quedó muy claro que el colectivo con el que habían lidiado estaba compuesto por más de un hijo de puta y uno o más cabrones. Además de, decimos nosotros, presuntos delincuentes corruptos.

Él intervino menos pero sancionaba a su colega con breves comentarios en los que le daba la razón. En lo de la catadura de la cuadrilla judicial con la que habían topado y en los hechos referidos, que pudieran no ser exclusivos, por el contrario de uso corriente en este territorio.

Con la vista sobre el mármol blanco o con la mirada hacia el esquinazo del techo aquella ciudadana comentó como los bares y restaurantes de la zona saben de las comidas pagadas por los profesionales de despachos o empresas a los funcionarios implicados en los casos. De los regalos que les llegan, de las vacaciones concertadas, del uso de las documentaciones sin siquiera estar en los procedimientos personados. Unas veces empleados o contratados de las empresas, otros tiburones por libre que facilitan las subastas a los profesionales de la

oportunidad judicial. Allí mismo, en los despachos y pasillos, sin control de que las documentaciones no se alteren. Se preguntaba cuanto más no habría que ellos no conocieran.

Se reiteraron las manifestaciones puede que hasta tres veces. El grado de cabreo que el tono mostraba fue en ascenso. Sin perder el control, sin levantar la voz. Con la contundencia de lo conocido directamente y el rechazo moral y profesional de ello. Era más que evidente. En un momento casi al final de su estancia, pues se levantaron antes que nosotros, él manifestó como “llegan a inventarse las leyes” con el fin de que el resultado fuera el previsto antes de proceder. Igualmente, dio por perdida la posición en esta instancia, y no vaticinaba nada bueno en segunda. Tal y como se estaba “trajinando” la cuestión hipotecaria en algunas salas de la provincial.

Nosotros quedamos con la lectura prevista a medias. El encuentro y lo oído nos había dejado bastante impactados. Todavía mojados, pagamos y salimos camino del metro. No habíamos oído nada que no sospecháramos, pero coincidimos en que había sido una ducha de agua helada en nuestra moral. Por la tarde ya teníamos recuperado el color, los hechos no nos permiten descuidos ni desfallecimientos. Y es mejor tener claro el terreno sobre el que nos defendemos. Lo más parecido a un estado de desecho, con o sin moción de censura.